



XXVI

A las doce ocurrió un incidente. Ya se había ocultado la luna y reinaba profunda obscuridad; pero pudieron distinguirse algunas sombras que se aproximaron al río.

Al momento los tiradores que por aquel lado cerraban el cerco, hicieron fuego; las detonaciones tronaron multiplicadas por los ecos de las montañas, como si un carro gigantesco se despeñara entre las rocas, con traqueteo colosal. Fué un desgranamiento de fuego en la sombra y el silencio.

Inmediatamente los auxiliares de Sonora acudieron velozmente: se creía en una salida del enemigo; pero las sombras desaparecieron y en el lugar en que se les había visto, se encontraron dos tinajas llenas de agua.

Al amanecer el día 28, volvieron las fuerzas desta-

cadás, á la casa Medrano, desde cuya espalda permanecía un puesto de tiradores en observación del *cuartelito*, cuya bandera tricolor seguía ondeando con el viento frío y ligero que soplaba del Noreste.

Esa mañana llegó otro convoy de provisiones de Guerrero, con una escolta del 5.º regimiento, la que traía también instrucciones del general Marquez.

Naturalmente llegaron barriles de *sotol* y volvió á haber algazara y gran animación en la tropa y oficiales.

Allí, dentro de las cuatro paredes del patio de la casa que había sido de los hermanos Medrano, volvieron á oírse las canciones de los soldados, canciones que acompañadas con las notas solemnes de los acordeones, resultaban tristísimas, contrastando su melancolía con los rostros alegres y glotones y con aquel barullo y griterío, alzándose bajo un cielo de azul inmaculado, lleno de luz y de frescura.

Volvieron las fogatas á levantar sus elevados penachos de humo; ya no sólo carne de cerdo guisaban las desarrapadas *viejas*, sino gallos, gallinas y *guajalotes* cogidos en los corrales de las desiertas y humeantes casas.

También había hecho *barbacoa*, chile frito, patatas guisadas y tortillas de maíz.

A esto, agregado el *sotol* en abundancia y *billetes* con qué comprar, se comprenderá la alegría que desbordaba después de la penalidad de las noches en vela, al

aire libre, y ante un enemigo mudo, encerrado en una fortaleza.

Solo allá en un rincón del patio, en la puerta de la antigua troge, en la que un centinela se paseaba aburrido con el fusil al hombro, se oía incesantemente un triste y monótono murmullo de palabras, toses, quejidos y llanto de niños. Era el departamento de las mujeres *prisioneras*, como les decían los soldados.

A las diez de la mañana, dispuestos en guerrillas y agazapándose entre los sembrados, unos treinta *pimas*, llegaron por la espalda al departamento que ocupaban los prisioneros que tenía el enemigo; allí horadaron las paredes, logrando salvarles.

Dos habían muerto de sed y los demás,—entre ellos el subteniente del 12.º batallón hecho prisionero el día 20—lograron volver salvos al campamento, escoltados por aquellos valientes hijos de Sonora.

Dióseles de comer con muchas precauciones, á causa de su gran debilidad, pues llevaban semanas de estar sostenidos sólo con maíz tostado ó crudo.

En cuanto á los últimos *tomoches*, encerrados obstinadamente en la casa de Cruz Chavez, seguían mudos y como enterrados en vida.

¡Compasión y admiración profunda inspiraba á todos, aquel puñado de sublimes héroes, esperando la atroz y lenta muerte del hambre y la sed, antes que entregarse!

¡Qué situación la suya, qué angustia la de permanecer lejos de sus amadas familias los únicos supervi-

vientes de una raza indomable, creyente y fuerte, al lado de los cadáveres en putrefacción, de las últimas víctimas!

Bajo un pequeño portal de madera de la casa de Medrano, ante la puerta de su cuarto, el general, con una gorra de fieltro, chaquetón de dril y envuelto el cuello en una mascada gris, se paseaba intranquilo y pensativo, golpeando el suelo con una varita.

A veces charlaba con el doctor Arellano y el teniente Méndez, cuyo cañón Hostkiss, tras la pared obturada de la casa, estaba asestado contra la de Cruz Chavez.

Era preciso apoderarse de ella, por hambre ó mejor dicho, esperar á que murieran para dar por terminada tan sangrienta campaña.

Había dicho el general, en conversación con algunos oficiales, que en su larga vida de campaña jamás había visto cosa semejante, y que sólo los soldados de un regimiento de zuavos que se hizo temible por su bravura temeraria, durante la invasión francesa, y los indios *juchitecos* del estado de Oaxaca, eran comparables con aquellos hombres de los que ya no quedaban ni veinte.

Un sentimiento de compasión hizo que tratara de convencer por última vez á aquellos obcecados de que se rindieran.

¡Ah! debía ser inútil, pues bien comprenderían que no se les perdonaría la vida y tenían que pagarla muy cara!

—¡Que le hablen á *Chabolé!*—gritó el general.

Chabole era un viejo jefe de los indios de la sierra de Sonora, temerario cazador de hombres y fieras, hombre que con un poco de *pinole*, una botella de *bacanora* (especie de aguardiente), una carabina y cartuchos, andaba veinte leguas diarias en plena sierra.

Conocía muy bien á Cruz Chavez, con quien había conducido mulas hasta la frontera de los Estados Unidos.

—*Chabolé* ¿sería capaz de ir á hablarle á Cruz?—le preguntó el general Rangel.

—¡Válgame Dios! ¡cómo no, mi jefe!

Dióle instrucciones, y *Chabolé* tomó una botella de *sotol*, arrió su carabina á la pared, encargándola al primero que vió y se encaminó tranquilamente al cuartel enemigo, ante la admiración general de todo el campamento.

Con gran sorpresa, desde el *cuartelito* le dejaron acercar hasta que llegó junto la empalizada, semi-destruída; la saltó y desapareció.

Después de veinte minutos de ansiedad para los que le vieron desaparecer, regresó muy tranquilo, y silbando un aire de su tierra, se acercó al general, movió la cabeza y le dijo socarronamente:

—¡Que no se rinden hasta que Dios les quite el alma!

He aquí lo que después se supo de su entrevista.

Cuando se halló cerca de las paredes, gritaron por dentro:

—¡En el nombre del Poder de Dios, qué quieres?

El, sin hacer caso, gritó:—¡Oye, Cruz!... ¡Cruz!...
¿No me oyes?... ¡Soy Chabolé... ¡Vengo á darte un
abrazo y un trago, y á decirte que te rindas!

—¡Acércate y entra! contestaron.

Chabolé se acercó y después de esperar algún tiempo hasta que le abrieron, entró.

No vió nada porque estaba obscura la pieza.

—Dame el abrazo y el trago.

Se dieron un abrazo en las tinieblas, notando el valiente emisario que se habían cubierto las aspilleras por dentro, sin duda por precaución; oyó algunos quejidos de mujer y un murmullo de rezo.

Cruz tomó la botella, bebió y le dijo empujándole suavemente hacia la puerta, cerca de la que estaban:

—Bueno, ahora vete y diles que no nos rendimos, hasta que Nuestro Señor se lleve nuestras almas.

Aquella tarde un suceso imprevisto conmovió al campamento. Entre los prisioneros recogidos en la mañana lo había sido uno que pertenecía al cuerpo de «Seguridad Pública» caído el día 2 de Septiembre en poder del enemigo: era de los que tomaron las armas contra las fuerzas del Gobierno.

Había logrado el día anterior, con pretexto de ir á llamar á algunos compañeros, llegar á la casa que servía de prisión y allí esperó con los demás, á quienes suplicó no le delatasen; pero no fué así, y después de breve consejo de guerra extraordinario, fué sentenciado á la pena capital.

A las cuatro y media de la tarde, ante las fuerzas en

cuadro, y después del toque de «bando» fué fusilado.

Volviéronse á tomar esa noche las mismas disposiciones de la anterior, y á Miguel le tocó ocupar una de las alas de la iglesia, en la parte correspondiente á las ruinas del antiguo convento.

Un viento húmedo y frío soplaba del norte, acumulando inmensos nubarrones sobre el cielo que se oscurecía gradualmente.

Era una tarde de una tristeza infinita. Bien pronto una lluvia lenta y menuda descendió sobre el valle desierto y melancólico... Por entre las rotas techumbres de la iglesia surgían enormes humaredas que iban á confundirse con las nubes. Era un cuadro de inmensa desolación.

En el camino, Miguel había encontrado cadáveres abandonados sobre el campo en completo estado de putrefacción y tan despedazados por los puercos y hechos girones los trajes, que era imposible reconocer á primera vista á qué bando pertenecían.

En el atrio, bajo la lluvia que arreciaba, hizo alto la sección que debía establecerse tras los muros del convento los cuales veían el *cuartelito*, para vigilarlo por aquel lado.

El teniente dividió la fuerza, ordenando á Miguel se fuera al mando de algunos hombres hacia los últimos departamentos de la izquierda, los que debían estar en ruinas hacía mucho tiempo, pues no obstante estar destechados, no presentaban escombros como los adyacentes á la iglesia, que aún ardían.

Un olor nauseabundo le indicó un montón de cadáveres medio carbonizados que obstruían el paso en una puerta que había que atravesar, fué preciso hacerlos á un lado con un trozo de viga, y por allí pasó la tropa, enfilando un viejo claustro hasta llegar al lugar designado.

Aquellas eran las ruínas del antiguo convento edificado por los jesuitas en el periodo colonial, cuando más se explotaban los minerales de aquella parte de la sierra.

¡Qué tristes y sombrías aparecían aquellas ruínas á los ojos del nervioso oficial, bajo la lobreguez de un gris plomo, en un ambiente espeso y frío, en la neblina parda de la tarde lluviosa y expirante!

Violentas ráfagas heladas, cortaban como cuchillos los rostros cárdenos de los soldados.

Iban envueltos en sus capotes azules, caladas las capuchas, avanzando como en una fatídica procesión de monges, al lado del trágico desastre del incendio de la iglesia, que continuaba ardiendo lentamente..... mientras llovía.

Allí hubo que relevar un pequeño destacamento del 11.º establecido desde la mañana, cuyos hombres habían trabajado todo el día en amontonar los cadáveres que había allí, arrojándoles vigas y viejas puertas, para quemarlos.

Habían abierto también claraboyas, tras las que se apostó la tropa.

Al poco tiempo oscureció por completo...

Miguel, abrumado de fatiga, entumido por el frío, chorreando agua, se sentó en una piedra, contemplando con extraño pavor el edificio obscuro.

Las tinieblas eran densísimas, y sólo allá á lo lejos se advertían fulgores rojizos y constelaciones de chispas. De cuando en cuando se oían ruidos lejanos; algún trozo de techo que se hundía, alguna pared que se desmoronaba.

A las ocho sonaron las notas de las cornetas en el silencio de aquella noche oscura y lluviosa: *atención, parte y diana*, repetidos veinte veces en los contornos del valle.

El oficial, acurrucado en un rincón, al lado del corneta encargado de contestar la contraseña, dormitó á ratos, despertando á cada momento con grandes sobresaltos nerviosos, creyendo que le sorprendían en aquella falta ó que el enemigo se le echaba encima.

Peró no; la lluvia siguió calmándose hasta las dos de la madrugada, hora en que el frío se hizo insoporable, al grado de que algunos pobres diablos de soldados, se quejaban dolorosamente, como si tuviesen los pies invadidos por la gangrena.





A la mañana siguiente, el viento, soplando con gran fuerza, barrió con las nubes. La lluvia cesó por completo.

Entonces pudo la tropa encender grandes fogatas para secarse, calentándose un poco y asando en ellas los trozos de carne de que iban provistos.

Llegó un ayudante del general, diciendo que esa mañana, á las diez, se tomaría el cuartel, debiendo la fuerza que ocupaba la iglesia, permanecer á la expectativa, sin abandonar el puesto, limitándose su papel á evitar toda fuga del enemigo por el espacio que abarcara el alcance de sus fuegos.

El oficial se preparó á presenciar el asalto, tras las claraboyas practicadas en la vetusta pared del convento.

En la casa de Cruz seguía el silencio mortal de los días anteriores... Vió acercarse grupos de soldados, cargados con rastrojo y ramas secas, como para la toma de la iglesia... el cañón desde la casa Medrano, hizo tres disparos y luego fué el asalto. Los soldados á los gritos de—¡Viva el once batallón!—se precipitaron, cargados de combustible, hacia las paredes de la casa cuyas aspilleras se cubrieron de humo de pólvora. Oyéronse algunos disparos.

Los asaltantes, tras la empalizada que cercaba el *cuartelito* y tras montones de piedras, hicieron alto y se correspondió al tiroteo, apuntando á las aspilleras, para quebrantar la resistencia. Después se precipitaron á la carga, lanzando los gritos que tanto animan á nuestros soldados:

—¡Viva el oncenno batallón! ¡Viva México!

Y allá, tras las paredes acribilladas á balazos, contestaron como siempre aquellos gritos que causaban pavor y presagiaban la muerte:

—¡Viva el gran Poder de Dios! ¡Viva María Santísima! ¡Vengan los del once! ¡A ver si ahora corren!

Tres soldados se precipitaron sobre una de las esquinas, y allí, rápidamente, mientras un fuego nutridísimo de los suyos despostillaba los adobes, ellos subiendo uno sobre otro, agarrándose de las piedras salientes é hincando las rodillas en los huecos, treparon á la azotea de solo cinco metros de altura. Cuando el primero puso el pie en ella, alzándose con las

manos ensangrentadas, todos prorrumpieron en aplausos, bravos y vivas á su batallón.

Después, aquel dió la mano á otros y á otros... se les pasaron unas barretas de acero y principiaron á horadar el techo; después subieron los oficiales; uno corrió á quitar la bandera cuya asta se alzaba al borde de una pared; los de abajo arrojaron á los de arriba rastrojo y leña seca; se la encendió, y ardiendo, por un gran boquete abierto, lanzaron al interior aquellos combustibles.

Los sitiados que ya apenas contestaban, hacían fuego de cuando en cuando, de abajo hacia arriba, por la chimenea, desde donde también, en sentido inverso, enviaban los asaltantes una lluvia de plomo y fuego.

Después... de las horadaciones del techo salieron lentamente columnas de humo negro, las detonaciones cesaron... los que estaban en la azotea saltaron á tierra.

¡Ni un solo cadáver, ni un solo herido había costado incendiar la inexpugnable fortaleza tomada por fuego y hambre!

Partió entonces del cuartel general el toque de «diana,» que repitieron en diversos tonos todas las cornetas, en señal del término de la campaña. ¡Aquellas notas bélicas tan alegres, sonaron lúgubrementemente en medio de aquel campo de tristeza y de las ruinas del pueblecillo incendiado!...

La campaña estaba terminada; el último reducto ardía presa de inmensas y silbantes llamas que el fuer-

te viento de aquella mañana avivaban, en tanto que, precipitadas, resonaban en el ambiente puro, las dianas, contrastando su atronador regocijo con la desolación de aquel panorama de ruinas y muerte.

Secciones de soldados con camillas improvisadas llegaron á la casa que ardía; á barretazos se echó abajo la puerta; algunos *pimas* penetraron al interior de aquel horno, apareciendo después, negros de humo y de cenizas cargando los heridos *tomoches* como fardos de carne humana, semipalpitante aún; fardos sangrientos y calcinados que surgían silenciosos, de un ambiente de infierno...

Contemplando los trágicos progresos del incendio del último reducto de Tomochic, había soldados del 11.º, 24.º y auxiliares de Chihuahua. Algunos instalaban en las camillas á los infelices que sacaban del interior.

Un oficial llegó á caballo, á comunicar al capitán Herrán, de orden del general Rangel, que á toda costa salvara á los que aún quedasen vivos en el *cuartelito*, especialmente á las mujeres.

Algún trabajo costó aquello, pues la mayor parte de los héroes morían al recibir el aire frío del exterior; otros, moribundos casi, contemplaban con mirada vidriosa á sus vencedores, y los más fuertes levantaban los brazos con los puños crispados, incorporándose con gesto de amenaza.

Todos flacos como esqueletos llevaban la ropa con cuajarones de sangre, negros de carbón y humo.

Los cadáveres eran echados á un lado, en montón, arrojándoles vigas ardiendo para calcinarlos; los heridos fueron llevados con las camillas á una casa próxima.

Ninguno pudo ir por su pie, pues si había cuatro ó cinco que no estaban heridos, estaban tan débiles por el hambre y la sed, que se desvanecían cayendo en tierra.

El general, que se negó á presenciar tan espantoso espectáculo, envió al doctor Arellano.

Bajo un portalito semi-destechado por el incendio que lo había respetado en parte, perpendiculares á las paredes ennegrecidas; tendidos boca arriba como en el *descanso* de un anfiteatro ó cual si estuviesen expuestos en una *Morgue* terrible, estaban en fila los últimos siete tomochitecos retorciéndose, lívidos, contemplando con miradas de moribundo, las lejanías del valle querido que se extendía desolado, solitario, tristísimo...

Y, confundida entre los harapos desgarrados que los envolvían, también manchada de sangre, presa del último hipo, extendidos los brazos nudosos y flacos, había una mujer, ¡una mujer que se había batido también!

Tenía las manos quemadas por la pólvora y una canana vacía le cruzaba su pecho desnudo... ¡Era la mujer de uno de los Chavez!...

El gran caudillo, el pontífice héroe, estaba á su lado, inmóvil el alto cuerpo, con una pierna hecha pedazos, un brazo atado con una venda azul con manchas

de sangre, la cabeza de crespas y alborotada melena, descubierta, rodeándole su rostro flaco de nariz de águila, la gran barba negra que le hacía parecer aún más imponente.

Así, sublime, en su actitud trágica de gladiador heroico al lado de su esposa y de su hermano, desmayado de hambre; así le vió Miguel, cuando pasó con su tropa, frente de aquella casa. Volvió el rostro para no mirar aquel espectáculo horrible, aquel enfilamiento de moribundos, colección de vivos mucho más tétrica que una de cadáveres... ¡para no ver aquello inverosímilmente espantoso como pesadilla abominable de cerebro enfermo!

.....

Allá en el campamento que se había ensanchado apenas principió el incendio del *cuartelito*, había una algazara inmensa, un desbordamiento de entusiasmo, gritos y carcajadas.

Aquello más parecía feria que campamento, ¡ya no había peligros ni fatigas ya no se batirían más; todo había concluído!

El *sotol* circulaba y tropa, oficiales, paisanos y soldados, enardecidos por el triunfo, bebían y brindaban por sus cuerpos y sus jefes, por los nacionales de Sonora, por el general Rangel y por el Gobierno... hasta por los muertos y por los heridos.

Miguel, sombrío, contemplaba con rostro de idiota el lejano horizonte de las montañas, el cielo de una limpidez purísima, manchado por el humo del incen-

dio, la casa en plena ignición, los escombros de las casuchas casi demolidas; el río pasando impassible á lo lejos á su derecha y acá, en primer término, los grupos alegres y bulliciosos de los soldados y oficiales que festejaban la victoria.

De repente sonó una detonación, luego otra y otras más... después, nada

Se incorporó volviendo á la realidad, como al despertar de un sueño.

—¿Qué sucede? preguntó á un oficial que silbaba, muy tranquilo, un aire de zarzuela alegre.

—Nada, hombre, no te asustes; ya se acabó todo, les acababan de fusilar.

—¿A quienes?...

—A quienes ha de ser, pen...co, á los últimos *tomoches*.

¡En efecto, así, tendidos y moribundos como estaban, les acababan de fusilar!

¡Con el último *tomochiteco* había terminado la campaña de Tomochic!

.....

En la tarde se nombraron faginas para efectuar la incineración de los cadáveres tendidos en el valle y en las faldas de los montes.

Se les amontonaban unos sobre otros, se les arrojaban grandes leños y se prendía fuego; era una cosa repugnante el espectáculo aquel, la fetidez insoportable que se desprendía, invadiendo todo el valle.....

Agotada la leña, aquellos fatídicos montones conti-

nuaban ardiendo lentamente, con su propia grasa, dispersando los miembros, transformando los calcinados cuerpos, ennegreciendo cráneos pelados, de espantosas cuencas, y abriendo las bocas de los rostros, con gestos ce ingentes carcajadas.

Hondamente preocupado con el pensamiento de Julia, Miguel intentó esa tarde, interrogar á alguna de las mujeres prisioneras que salían á llevar agua á las enfermas; pero en el momento de ir á hacerlo, se mandó formar la fuerza del 9.º para instalarla en otro lugar, allá en el límite del valle, en una casa, al pie de la sierra, y fuera del caserío central.

El 11.º, 12.º y 24.º con el Estado Mayor, también cambiaron de instalación, acampando en unos amplios corrales, al lado del cerro de la Medrano. Cerca de estos quedaron los nacionales de Sonora, de «Seguridad Pública», y 5.º regimiento.

A cargo de este piquete se dejaron una gran cantidad de caballos, mulas, asnos, reses y carneros, animales todos recogidos en los campos abandonados.

Las *viejas* entraron desenfrenadamente á saco en aquellas cuantas casas destruídas á sangre y á fuego, sacando cuanto encontraban, exponiéndose á que algun techo se desplomara sobre ellas... ¡Nunca como entonces estuvieron tan contentos!

El subteniente Mercado quedó cerca del general para llevar órdenes en la noche, á la nueva casa que ocupaba el 9.º, y como esta distaba cerca de una legua

del cuartel general, se le prestó un caballo con una montura de tropa.

Para transmitir una orden tuvo que atravesar por entre las ruinas y el incendio, aun no extinguido, y pasó á galope, contemplando con pavor la dantesca escena, evitando las asquerosas hogueras, en que ardían los cadáveres amontonados.

